

Domingo 20° durante el año, ciclo A

16 de agosto de 2020

Mario Michiaki Yamanouchi

Obispo de Saitama

¡Oh Dios, que todos los pueblos te alaben! (Salmo 66)

El mundo en creciente movimiento migratorio

Cuando regresé definitivamente a Japón en el mes de febrero de 1997, me encontré con muchos latinos, especialmente brasileños y peruanos. Pero, me quedé asombrado por la cantidad de filipinos que vivían en Kyushu como en la provincia de Shizuoka. Entonces recordé que la primera vez que había salido de Argentina a Italia en 1985, me había encontrado con grupos numerosos de filipinos en la Iglesia salesiana del Sagrado Corazón de la estación de Términi de Roma.

Sabemos que la humanidad tuvo siempre movimientos migratorios. Por ejemplo, en la misma Argentina, país que está en el confín del mundo, en el sur del planeta, desde fines de los años 1800 recibió grandes cantidades de migrantes italianos, españoles, alemanes y de otros países europeos y también del Medio Oriente. Después de la Primera Guerra Mundial comenzaron a recibir a los inmigrantes de países asiáticos, de allí que en la Argentina hayan también comunidades numerosas de coreanos y japoneses como también de los países vecinos de Paraguay y Bolivia.

Pero, últimamente por la llamada que el Papa Francisco nos hizo desde su visita a la isla de Lampedusa (2013), de acoger a los refugiados e inmigrantes, no solo en Europa sino en todos los países que fuesen necesarios, pareciera que el movimiento migratorio mundial ha ido creciendo más y más por diversos factores económicos, étnicos, climáticos, etc.

Japón ha sido un país que ha enviado inmigrantes a diversos países pero también es un país que sigue acogiendo a extranjeros, empezando por los hijos y nietos llamados “Nikkei” que regresan a Japón por búsqueda de trabajo y un futuro mejor para sus hijos. Pero Japón sigue necesitando de manos de obra para llevar adelante al país como sociedad organizada y por eso, continúa recibiendo extranjeros de diversos continentes.

En las visitas que he realizado como Obispo de la diócesis de Saitama, con mucha alegría me encuentro que las parroquias que hay en las cuatro provincias (Saitama, Gunma, Ibaraki y Tochigi) son comunidades abiertas a los extranjeros, digamos son internacionales : filipinos, vietnamitas, latinoamericanos (Brasil, Perú, Bolivia, Paraguay, etc.), otros grupos asiáticos (Indonesia, Sri Lanka, etc.), algunos europeos y como también del Medio Oriente.

La llamada que nos hace la Palabra de Dios

El movimiento migratorio crece cada día en todos los escenarios geográficos del planeta, por múltiples factores. Pero la llegada de personas extranjeras, si bien es una riqueza en diversos sentidos, provoca también rechazos y hasta odios (xenofobia) en algunos grupos o personas del lugar.

Es urgente frenar todo tipo de odio contra los integrantes de otras etnias, como también de otras religiones o creencias, generando experiencias más universales y fraternas, a fin de que las personas sean reconocidas en su dignidad y en su vocación de hijos e hijas de Dios.

La Iglesia, como Madre y Maestra, está llamada a jugar un papel importante en esa mirada universal novedosa que los seres humanos debemos tener hoy. Es interesante que la liturgia de este domingo, presente textos bíblicos que inspiren a los creyentes a asumir, de manera responsable, el respeto por el diferente.

Isaías 56,1.6-7: “A los extranjeros los traeré a mi monte”.

A la vuelta del exilio (siglo VI a.C.), los discípulos de Isaías recobran las enseñanzas del profeta del siglo VII y proponen al nuevo Israel, en proceso de formación, que se abra a los valores de la universalidad y el ecumenismo. La apertura, sin embargo, no se basa sólo en un compromiso diplomático, ni en una fácil y falsa ilusión, sino requiere mucha paciencia, es una apertura que tiene que estar basada en cultivar la causa universal de la justicia.

La tercera parte del libro de Isaías, en este sentido, no propone que todas las religiones de su época se reúnan bajo la única bandera del pontificado de Jerusalén, sino que el pueblo que está naciendo después de cincuenta años de exilio, sea el aglutinador de las aspiraciones más legítimas de los diversos pueblos que integran al nuevo pueblo de Israel.

Porque Dios ofrece la salvación a todo hombre y mujer, sin distinción. De allí que en el Antiguo Testamento, Dios abre sus brazos para acoger a los extranjeros en su tierra de Israel (Pueblo de Dios). La profecía de Isaías nos da a entender de que la salvación que ofrece Dios es para todos los pueblos, no sólo para los judíos.

En esta perspectiva, el salmista hoy, nos invita a proclamar el estribillo de su canto :
“¡Oh Dios, que todos los pueblos te alaben!”(Salmo 66)

Romanos 11,29-32: Todos gozarán la misericordia de Dios.

San Pablo, en su carta a los romanos, ratifica que todas las personas y todos los pueblos gozan de la misericordia de Dios. Pablo es una figura clave de esta visión

universal de la salvación: inspirado por el Espíritu Santo abrió la puerta del evangelio (cristianismo) a los gentiles, más allá de los judíos, visitando y permaneciendo en las diversas comunidades fundadas por él a lo largo del Mediterráneo.

Mateo 15,21-28: Mujer, qué grande es tu fe

Todo este camino de apertura y de novedad hacia el extranjero queda ratificado y clarificado por Jesús de Nazaret, quien con su propuesta del Reino de Dios acoge a todos, sin excluir a nadie. Quien acepta a Jesús como Señor y quien le sigue en el discipulado está llamado a reconocer en toda persona, la presencia de Dios y a acoger a todo ser humano como hermano. Por eso, no es concebible que un cristiano tenga posturas xenófobas. Que sigamos luchando para romper con tantos mecanismos que marginan y alejan a tantas personas porque son diferentes a nosotros por su nacionalidad o clase social.

Concluamos rezando (o en silencio)

- Para que, como Jesús, seamos capaces de descubrir la fe y los admirables valores religiosos de muchos hermanos y hermanas que ha venido de diversos países para trabajar, vivir y educar a sus hijos en Japón. Roguemos al Señor.
- Para que sepamos transmitir a nuestros hijos, el sentimiento de gratitud por la sociedad japonesa que nos acoge y seamos buenos ciudadanos, respetando las normas sociales y siempre abiertos a ser solidarios en la comunidad a la que pertenecemos..Roguemos al Señor.
- Para que los líderes del mundo actual, en sintonía con el Papa Francisco, se empeñen en constuir un mundo más humano y solidario, superando los enfrentamientos étnicos, culturales y religiosos. Roguemos al Señor.